



Cura para el alma

Juan José Iglesias Arrieta

Es otoño y el mullido colchón de hojas caídas hace que nos vayamos hundiendo al caminar. Esto es una sorpresa para mi compañera de excursión, quien, divertida, juega a arrastrar los pies bajo la ruidosa hojarasca. Yo me alegro al ver su expresión y deseo que la caminata la ayude a olvidar los horrores de una guerra en la que han quedado atrapados sus seres más queridos.

Hoy me he propuesto enseñarle los imponentes desfiladeros cantábricos y la belleza de nuestros hayedos en otoño, esperando que la montaña actúe como un bálsamo para su alma dolorida. Y... ¿qué mejor lugar que Vegabaño?

Ksenia viene de Ucrania, un extenso país esencialmente plano en el que cualquier cordillera está demasiado lejos de su ciudad. Es la razón por la que nunca ha caminado por la montaña, pero ella es una enamorada de la naturaleza y el entorno que ahora descubre la deja cautivada.

Cuando comenzamos a andar, el sol ya ilumina las copas más altas, aunque el interior del bosque sigue sumido en la penumbra. Por tanto, salir de pronto del hayedo y sentir la claridad cegadora de la pradera, cerrada al fondo por torres altísimas, la deja sobrecogida, admirada ante tanta belleza. Pero no nos detenemos, sino que continuamos despacio en dirección a La Cotorra. Quiero seguir sorprendiéndola.

De nuevo en el bosque, los rayos de sol se cuelan entre las hayas, deleitándonos con sus juegos de luces y sombras mientras le voy señalando nombres de árboles, plantas y frutos que ella escucha con atención y que traduce a su idioma para recordarlos mejor. Subimos lentamente la última cuesta, disfrutando de cada metro recorrido y, al fin, alcanzamos La Cotorra, una isla de roca despejada, mirador único del macizo del Cornión. Ksenia, emocionada, apenas habla. Le señalo las cumbres y le cuento cuándo las he subido, pero para ella no es imaginable que sean accesibles: cree que solo los enormes buitres que levantaron el vuelo al vernos aparecer pueden tener el privilegio de posarse en sus cimas.

Yo estoy satisfecho viendo en su cara añorada la duda de que todo sea real en vez de un hermoso sueño. Hoy probablemente la tragedia que asola su país ha vuelto intermitentemente a sus pensamientos, pero ojalá la experiencia de dejarse abrazar por la montaña le haya servido como una cura para el alma, comunicándole la fuerza necesaria para resistir.



Juan José Iglesias Arrieta, envió el relato el 29 de julio y murió el 8 de sep. En el lago Cerveriz en Somiedo, de un infarto a los 79 años. Juanjo Iglesias Arrieta subió por primera vez a una montaña con 17 años. Fue al Picu Pienzu, con el Grupo de Montaña Ensidesa. Iba entonces con su mentor, Mundo González, fallecido el pasado mayo. Su último suspiro fue en la montaña, en el Cerveriz, en el camino entre este lago y el Calabazosa, en Saliencia. Comenzó a encontrarse mal a primera hora de la tarde y los servicios médicos desplazados

hasta Saliencia a bordo del helicóptero del Servicio de Emergencias del Principado de Asturias no pudieron hacer nada por su vida. Juanjo Arrieta, uno de los grandes alpinistas de la región, tenía 79 años. Era “montañero, pero sobre todo grandísima persona”, como recuerdan desde el refugio Collado Jermoso, esa casa de los alpinistas a más de 2.000 metros de altitud. Setenta primeras en su haber, Andes e Himalaya. Director de la Escuela Nac. De Montaña y rescatador del Grupo de Rescate de Alta Montaña, antes que la Guardia Civil creara el GREIM

El montañero Arrieta, nacido en Villaviciosa, pero vecino de Avilés, escribía en su libro “Memorias de un montañero feliz”: “«Yo creo que la montaña es amor por la aventura... es romanticismo puro. Lo que me hace sentir no tiene que ver con adrenalina, sino con la sensación que despierta estar completamente en contacto con la naturaleza, aislado de todo, sin conexión con lo exterior y lo mundano”. Arrieta dijo adiós donde el pedía el corazón y el alma. “Hay que dejarse abrazar por la montaña, por la naturaleza, por las sensaciones que despierta... y saber escucharla, abandonando las grandes gestas y el ego: es así como se conoce, se aprende y se disfruta verdaderamente en ella. O, por lo menos, así lo sentí y lo siento yo», escribía. En estas páginas, aseguraba que su afición había nacido en aquella ascensión al Pienzu. Pero si tenía que elegir un momento de los muchos que vivió camino a la cumbre optaba una escalada al Portillín. Se explicaba entonces: Había tenido una lesión en una pierna, estuvo seis meses cojeando; le decían que aquello de la montaña se iba a acabar. Pero él subió, con aquella pierna así. “Cuando llegué arriba, me puse a llorar solu”. Había triunfado la voluntad. “Cuando subes, eres tú con la montaña. Los compañeros son importantes, sí. Pero eres tú y la montaña. Y el frío, tú y el frío”, sentenciaba. Vino a CS y se ofreció...